



PLÁTICA XV.

SOBRE LA ADORACION Á LA SANTA CRUZ,
VENERACION DE LAS RELIQUIAS,
É INVOCACION DE LOS SANTOS.

Los pretendidos reformadores de la Iglesia, enemigos declarados del culto religioso, no contentos con calificar de actos de idolatría la invocacion de los santos, su culto y veneracion de sus reliquias, extienden su crítica mordaz y blasfema contra la adoracion que damos á la cruz de Jesucristo; ó por mejor decir, al Salvador, baxo la emblema de su cruz. Si ellos no procedieran de mala fe, y con solo el fin de contener en su error á sus prosélitos, dias hace que hubieran visto desmentida su calumnia, con solo haber buscado la verdad, asi en los

escritos de los autores católicos sobre la materia, como en la conducta de sus mismos gefes los iconoclastas, acerca de la adoracion de la cruz.

Por lo que hace á estos últimos, ¿cómo podrán ignorar los protestantes, que las ceremonias que usa la Iglesia en el dia del viernes santo son las mismas que usaba en el siglo VIII, cuando florecian Leon Isáurico y Constantino Coprónimo, emperadores y gefes los mas furiosos de los iconoclastas? ¿Cómo podrán ignorar, que á pesar de su ódio contra las imágenes, jamas osaron declararse contra el culto particular que da la Iglesia á la santa cruz en esta solemnidad, ni aun contra la adoracion de la cruz en general? Pero los pretendidos reformadores, no sé si por ignorancia, ó por malicia, quisieron llevar mas lejos su ódio al culto religioso, declarando públicamente la guerra á

la adoracion de la santa cruz, y tratándonos de idólatras. En fuerza de lo cual, aunque no es mi ánimo formar directamente una apología de esta adoracion, porque hablo á un pueblo cristiano, sin embargo, creo indispensable instruiros en la substancia de este dogma, para que sepais hasta dónde debe extenderse el culto que dais á la santa cruz.

Para ello bastará traer os á la memoria en sumario la idea que acerca de esta adoracion nos ha dado la Iglesia en todos tiempos; el respeto que ha tenido siempre á la cruz; las razones en que se ha fundado; la confianza que ha puesto en su virtud, y los efectos saludables que ella ha producido. Para conocer estas verdades, abrid esos libros santos, depósito de las verdades del Eterno, y aquí vereis aquel célebre oráculo de Jesucristo, que dice: *cuando sea exáltado sobre la tierra, traeré á mí todas las cosas.* Por

su cruz pues venció y arrojó al príncipe de las tinieblas, que reinaba en el mundo. Aniquiló el título de su imperio, que tan fatal nos era, aplicando las reliquias á su cruz. Aquí vereis, que despues de haber despojado á los principados y potestades del inferno, los aplicó como adornos al carro de su triunfo.... Aquí vereis, que por la sangre con que tiñó y consagró su cruz, pacificó todas las cosas, reconciliando al cielo con la tierra.... Aquí hallaréis, que por medio de esta misma cruz reunió los judíos con los gentiles, destruyendo en su Persona la enemistad que habia entre ellos.

De estos irrefragables principios nacieron los sentimientos de veneracion á la cruz que hallamos en los escritos de todos los padres. "La cruz, dice el Crisóstomo, dispó entre los cristianos el oprobrio que estaba aplicado á este suplicio; y vino á ser para ellos la gloria y

el objeto de sus deseos ; una fuente inagotable de bendiciones ; el gage de sus mayores recompensas ; nuestro muro de defensa y de seguridad ; la herida mortal del demonio ; el freno que detiene su furor contra nosotros ; la destruccion del pecado ; la salud del género humano ; la luz que nos descubre el error , y que nos manifiesta la verdad ; el modelo y fondo de todas las virtudes..... Sobre la cruz se ofreció Jesucristo ; en ella consumó su sacrificio ; aquí obró la remision de los pecados y nuestra reconciliacion con el cielo ; aquí está el principio de nuestra solemnidad y de nuestra gloria. Jesucristo ha sido inmolado para servirnos de pascua. ¿Dónde ha sido sacrificado ? En una cruz elevada. ¡O nuevo altar ! hasta entonces inaudito , sobre el cual ofreció un sacrificio verdaderamente nuevo y desconocido. Él mismo era la hostia y el sacrificador ; la hostia segun la

carne , y el sacrificador segun la divinidad.”

Omito por la brevedad de una plática los testimonios de Orígenes, de S. Ambrosio, del Niseno, de San Gerónimo, S. Paulino , S. Gregorio el Magno , y de muchos otros padres de la Iglesia sobre la materia, que nos ponen á la vista la adoracion de la santa cruz desde la mas remota antigüedad. Mas no quiero pasar en silencio el testimonio de Tertuliano , autor del II siglo, que hablando de la adoracion dice: “en cada una de nuestras obras, al entrar y salir de nuestras casas, al vestirnos y al bañarnos, antes de comer, cuando se enciende la luz, al acostarnos, al levantarnos, al principio de nuestras conversaciones, y en todas las circunstancias de la vida, formamos sobre nosotros la señal de la cruz.” Todo lo cual prueba con evidencia, que la adoracion de la cruz ha venido hasta nosotros

por el canal de las tradiciones apostólicas.

Y si me preguntais: ¿á quién adoramos cuando nos postramos delante de la santa cruz, aun aquella en que murió el Salvador? Os diré con S. Ambrosio, que no es al leño, sino á Jesucristo, que murió por nosotros en ella. Este ha sido siempre el sentir de todos los padres y el de la Iglesia, como consta del santo concilio de Trento; porque el culto supremo ó adoracion solo á Dios es debido, cuya memoria nos renueva la cruz. La santa Iglesia ha distinguido siempre la adoracion suprema de la inferior, y la relativa de la absoluta.

Segun esta distincion nos enseña, que solo Dios es adorable absolutamente y en sí mismo, porque es una excelencia de culto, que solo á él puede convenir. En el mismo sentido, como observa un sabio apologista, decimos, que solo Dios es

digno de alabanza; que él solo es amable; él solo inmortal; él solo sabio; pues aunque algunas criaturas participan en cierto modo de estas atribuciones, esto es en él y por él. Lo mismo sucede en orden á la cruz, la cual adoramos como á símbolo de Jesucristo, á quien ella representa." Lejos pues de ser idólatras cuando adoramos la santa cruz, como falsamente nos calumnian nuestros enemigos, damos en ella á Jesucristo el supremo culto que le es debido.

Por lo que hace al culto de *dulia* ó de veneracion, que damos á las reliquias, imágenes ó estatuas de los santos, ha estado siempre en uso en la Iglesia católica. Ni esto se opone al primer mandamiento, como pretenden los iconoclastas. Es verdad que se prohíbe en este precepto á los judíos, pueblo carnal, inclinado á la idolatría de los egipcios, que hicieran ídolos ó imáge-

nes talladas, como asimismo figura alguna de las cosas que hay en el cielo, en la tierra ó en las aguas, para impedirles cayesen en las supersticiones de los pueblos vecinos, que adoraban como á dioses, con el supremo culto, las imágenes del sol, la luna, las estrellas, y aun las de los mas viles insectos y producciones de la tierra. Pero nosotros que jamas atribuimos divinidad ni virtud alguna propia al metal ó materia de que está compuesta la imagen ó estatua; nosotros que estamos bien lejos de darles adoracion suprema ó de latría, que solo corresponde á Dios; nosotros que únicamente las veneramos por respecto al original que nos representan á la imaginacion, sin relacion alguna á la materia de que se componen, ¿porqué pasaremos por idólatras y supersticiosos, cuando en esta parte nos conformamos al espíritu de la Iglesia y á sus decisiones?

Por lo que mira á las reliquias manda el concilio de Trento que se les dé honor, y se veneren por los fieles, como preciosos residuos de los cuerpos que fueron miembros del Espíritu Santo, y que han de resucitar gloriosos. Esta veneracion, aunque no es igual á la que damos á Dios, lo cual seria idolatría, es una práctica de tradicion apostólica, que muchos de los protestantes confiesan. Asimismo venerar á los santos como á siervos y amigos de Dios, es una cosa loable y útil, practicada en todos tiempos por la Iglesia; pero esta veneracion que les damos no es aquel culto soberano que á solo Dios corresponde. Los veneramos por las gracias con que el Señor los ha colmado, por la gloria que gozan, por su íntima union con Jesucristo, á quien se refiere todo el honor que les damos, como dice S. Agustin.

De aqui se infiere cuán calum-

niosamente nos acusan los hereges de idolatría cuando veneramos é invocamos á los ángeles y santos en nuestras necesidades ; como si nosotros adorásemos é invocásemos del mismo modo á Dios que á sus santos. ¡ Hermanos extraviados ! ¿ cuántas veces se os ha dicho que nosotros rogamos á Dios que nos conceda por sí mismo , como único origen de todos los bienes , lo que deseamos ? ¿ Cuántas veces os hemos dicho , que invocamos , y rogamos á los santos pidan á Dios por nosotros y con nosotros , por medio de Jesucristo ? Esto es lo que la fe nos enseña ; esto es lo que predicamos. Los santos son únicamente nuestros intercesores para con Dios ; Jesucristo es nuestro único medianero de propiciacion ; porque sus méritos infinitos son el fondo inagotable de todo don perfecto : y hé aqui la causa por qué la Iglesia concluye todas sus oraciones por *Jesucristo*

Señor nuestro. Es verdad que podemos dirigirnos derechamente á Jesucristo , autor de todo bien ; pero nos es utilísimo recurrir á la proteccion de los ángeles y santos , porque estando unidos con Dios , nos pueden servir de intercesores. ¿ No es ésta , os ruego , la práctica del mundo para conseguir las gracias de los soberanos de la tierra ? ¿ No les dirigimos las súplicas baxo la proteccion de sus amigos y validos ? ¿ Porqué no nos será lícito y útil dirigir á Dios nuestras peticiones , baxo la intercesion de sus áulicos , que son los ángeles y santos ? ¿ Impide esto por ventura , que el beneficio no dimanase únicamente de Dios ? ¿ Será injuria de Jesucristo que intercedan por nosotros sus mayores amigos , que le gozan , viéndole como es en sí , y en él nuestras necesidades ? ¿ La gran caridad de que estan adornados no los moverá á compasion para interceder

por el feliz éxito de nuestras súplicas, si conviene á la gloria de Dios y bien nuestro? Entrad, os ruego, en el espíritu de la religion, y conoceréis facilmente la injusticia con que nuestros enemigos nos acusan de idólatras, por efecto de su ignorancia, ó por una refinada malicia. Adoremos pues á Dios en espíritu y verdad, y á Jesucristo en su cruz, instrumento de nuestra salud; veneremos las reliquias de sus santos, válidos y amigos de Dios; invoquemos con fervor su proteccion para que intercedan por nosotros, cuando dirigimos por su mano nuestras súplicas y votos al Altísimo; que de esta suerte alcanzaremos las bendiciones de Dios, á quien únicamente se debe la comunicacion de todo bien, el honor, la gloria, la alabanza y la accion de gracias por todos los siglos de los siglos. Amen.



PLÁTICA XVI.

SOBRE EL AVE MARÍA.

Ave Maria gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui Jesus. Sancta Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ. Amen.

SEÑORES:

Como la Madre de Dios es Reyna del cielo y de la tierra, de los ángeles, de los santos y de los hombres, superior en santidad á todas las criaturas, y solo inferior á Dios; su devocion, su culto, su veneracion, debe ser asimismo superior á

la de todos los santos. La veneracion y culto que á estos damos llaman los padres y doctores católicos culto de *dulia*, por el cual los veneramos como á protectores é intercesores nuestros para con Dios, á quien únicamente se debe la adoracion suprema, ó de *latría*, como á origen de todo bien; porque solo Dios es el que da la gracia y la gloria, como se explica un profeta. Pero á María santísima, aunque pura criatura, como tiene la excelencia de ser Madre de Dios, le es debida una veneracion y un culto llamado *biperdulia*, para denotar que ha de ser superior, de mas honor y de mayor sumision que el que damos á los demas santos; y solo inferior al de Dios, entre quien y las demas criaturas es una especie de mediadora; ó por mejor decir, el canal por donde de ordinario nos comunica el Altísimo sus dones, segun la expresion de muchos padres de la

Iglesia, que no dudan proclamarla fuente de la gracia, árbol de la vida, puerta del cielo, mediadora con el Mediador, redentora con el Redentor, víctima con el Cordero sin mancha. Con este motivo la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, para venerar á la Madre de Dios, é implorar su intercesion, la invoca con el Ave María, salucion particular, que la eleva sobre todos los ángeles y santos; la cual voy á explicaros con la posible brevedad.

AVE MARÍA.

Esta excelente oracion en parte es dictada por el Espíritu Santo, y en parte fue ordenada por la Iglesia en honor de la Madre de Dios. Pero todas sus palabras son dignas de altísima consideracion, y propias á infundirnos la mayor confianza en la altísima proteccion de esta Madre benéfica cuando las pronunciamos

con la debida sinceridad y humildad de corazon. La palabra *Dios te salve* es la primera que pronunció el arcángel S. Gabriel al saludarla cuando vino á anunciarla la encarnacion del Verbo eterno en sus purísimas entrañas. La expresion *Ave, ó Dios te salve*, equivale á *vive feliz*, alégrate, dilata el ánimo, y regocíjate, porque Dios te ha elegido, conmutando en ti en *Ave* el nombre de *Eva*; pues asi como ésta fue madre de la muerte, vas tú á serlo de la vida, de la gracia y de la gloria.

Llena eres de gracia. Estas notables palabras fueron tambien proferidas por el ángel, para manifestarla el sublime grado de amistad y de aceptacion con que Dios la habia honrado, preparándola para Madre suya, enriqueciéndola en el momento de su origen con la plenitud de gracia y demas dones sobrenaturales de que es capaz una

pura criatura con respecto á la altísima dignidad á que la destinaba. ¡Plenitud admirable de gracia! que ninguna criatura ha conseguido ni conseguirá jamas, y solo inferior á la de Jesucristo. A los demas santos, dice S. Gerónimo, se les da la gracia por partes; pero María la recibió con la posible plenitud. ¿Quién tan santo como ella? No los profetas, como se explica el Crisóstomo, no los mártires, no los patriarcas, no los ángeles, no los tronos, no las dominaciones, no los serafines, no los querubines, nadie finalmente entre todas las cosas criadas visibles ó invisibles. Dios solo le es superior en santidad y gracia.

El Señor es contigo, añade el ángel. De cuatro modos puede hallarse Dios en una cosa. Primero, por esencia, presencia y potencia; y asi en todo igualmente se halla. Segundo, estar por su gracia. De esta suerte habita en todos los jus-

tos. Tercero, estar de un modo particular; es decir, mover una alma y disponerla para grandes obras, que debian executarse en ella, segun sus designios; á cuyo fin se digna santificarla en el vientre de sus madres, como lo hizo con la de Jeremías y el Bautista. Cuarto, estar de un modo singularísimo; lo que solo se verificó en María, con quien el Señor estuvo en el momento de su concepcion inmaculada, preservándola de la culpa original, en que nacemos todos los hijos de Adán, y preparándola desde luego para digna Madre del Verbo, Esposa del Espíritu Santo, y Templo delicioso de la beatísima Trinidad.

En efecto, todas tres divinas Personas estuvieron siempre con María, aunque de un modo especial la segunda. Oid cómo lo explica S. Bernardo, como si hablara en nombre del ángel: "no solo está contigo el Hijo, tu Señor, á quien engendras

de tu carne, sino tambien el Señor Espíritu Santo, de quien concibes; y el Señor Padre, que engendra (eternamente) al que tú concibes (en tiempo): el Padre está contigo, porque contigo engendra tambien su Hijo. El Hijo está contigo; porque para obrar en ti un admirable sacramento de un modo milagroso, quiere que tambien le refieras el secreto de la generacion, conservándote á ti el sello virginal. El Espíritu Santo está contigo, porque con el Padre y con el Hijo santifica tu vientre." "Contigo el Señor, dice S. Agustin, en la mente, en la gracia y en el vientre."

Bendita tú eres entre todas las mujeres. Estas fueron las últimas palabras con que S. Gabriel la saludó; las cuales declaró bien María santísima en casa de santa Isabel, diciendo: "bienaventurada me llamarán todas las generaciones, porque ha hecho en mí cosas grandes el

que es Omnipotente." Tal fue entre otras, y de excelencia sin exemplar, el ser verdadera Madre de Dios, y ser Virgen antes del parto, en el parto y despues del parto, como tiene definido la Iglesia contra Nestorio y sus secuaces. ¿Mas cómo podia faltar en esta parte el cumplimiento de la profecía de Isaías, que tantos siglos antes, anunciando la encarnacion del Verbo eterno, dijo: "sabad que una Virgen concebirá, y parirá un Hijo, que se llamará *Manuel*, y significa *Dios con nosotros*; nuestro Criador y Redentor hecho Hombre, y nuestro hermano segun la carne. ¡Qué dignacion, señores, qué misericordia, qué bondad!

Bendito sea, ó Madre mia, el fruto de tu vientre. Estas palabras fueron pronunciadas por santa Isabel, madre del Bautista, cuando la Virgen María su prima subió á la montaña á visitarla, como lo afir-

ma S. Lucas. Asi alabamos con la Iglesia á la Madre de Dios, protestando que es digna de todo honor, no solo por los dotes y virtudes singulares con que Dios la enriqueció, sino tambien por el fruto de su vientre, que la hacen acreedora á las bendiciones de todas las gentes. Oigamos á S. Bernardo explicar estas palabras. "No porque tú eres bendita, dice, lo es el fruto de tu vientre; sino porque él te previno en bendiciones de dulzura, eres tú bendita; pues verdaderamente el fruto de tu vientre es bendito, porque en él lo son todas las gentes; de cuya plenitud tú tambien recibiste con los demas, aunque con la diferencia de haber sido en grado superior." Esto quiere decir, que la bendicion se debe al Hijo por sí mismo, y á la Madre por el Hijo; verificándose en esta parte, que el honor y la gloria del Padre es un Hijo sabio. ¿Qué ben-

diciones no son debidas á la Madre Virgen, que concibió en sus entrañas por obra del Espíritu Santo al Verbo del Padre, Sabiduría eterna?

No en vano pues la Iglesia, para confirmarnos en estas ideas, que son las de la religion, añadió la palabra Jesus y las restantes de esta salutación, con el fin de ponernos á la vista á nuestro Salvador, que es lo que significa la expresion Jesus, á cuya voz se postran los cielos y la tierra, y se estremecen los infernos: nombre dulcísimo y augusto, que pertenece á Cristo desde la eternidad, sin haber otro alguno en que el hombre pueda ser salvo, segun el apóstol S. Pedro.... ¿Qué confianza pues no debe infundirnos este santísimo nombre, principalmente cuando lo invocamos baxo la augusta proteccion de la verdadera Madre de Dios? ¿Qué pedirá esta mística Betsabeth á su Hijo el divino Salomon, que no le sea concedido, cuan-

do sea en honor de su gloria y bien de nuestras almas?

Para alentar pues nuestra esperanza en las misericordias del Señor puso la Iglesia en nuestros labios las siguientes palabras, que debemos pronunciar llenos de confianza en su nombre: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores.* Expresiones notables, que deben avivar nuestra fe y alentar nuestra esperanza en la bondad del Altísimo, atendida la proteccion de su Madre, el amor que le profesa y nos tiene, la sincera confesion de nuestras culpas, el dolor de haberlas cometido, y el propósito firme de la enmienda.

Baxo esta preparacion de parte nuestra, me parece oigo á este divino Salomon, que accediendo á la peticion de su bendita Madre, la dice lleno de dulzura: pide, Madre mia, que no me es permitido rehusar tus súplicas. Yo pondré donde os agrade

mis ojos de misericordia: á tus oraciones suspenderé mi ira, cerraré los abismos, encadenaré al demonio. Sé tú el consuelo de los afligidos, la fortaleza de los flacos, el refugio de los pecadores, la protectora de los pueblos, el íris de la reconciliacion y de la paz. ¿Qué no debemos pues esperar de tan singular protectora, si de corazon la invocamos, atendido su amor á nosotros y su carácter benéfico?

Con esta confianza de hijos concluimos su salutacion con estas palabras, que añadió á ella la Iglesia: *ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.* Por ellas la debemós rogar con humildad y sumision que interceda por nosotros *ahora*, cuando el mundo, las pasiones y los malos exemplos, juntos con nuestra rebelde concupiscencia, nos arrastran al pecado: *ahora*, cuando es tiempo de obrar nuestra salud, cooperando á los auxílios que nos alcance de nu-

estro Salvador: *y en la hora de nuestra muerte*, cuando son mas fuertes y terribles los asaltos del comun enemigo; cuando termina el tiempo de merecer y el perdon; cuando esperamos el fallo eterno, y sin apelacion, de nuestro destino. Desde ahora para entonces, Madre mia, alcanzadnos el don de la perseverancia en la fe y en la moral de Jesucristo, para que muriendo en gracia suya, lo alabemos y gocemos eternamente con vos. Amen.

O. S. C. S. R. E.

*M. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrino.*

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO en este tomo.

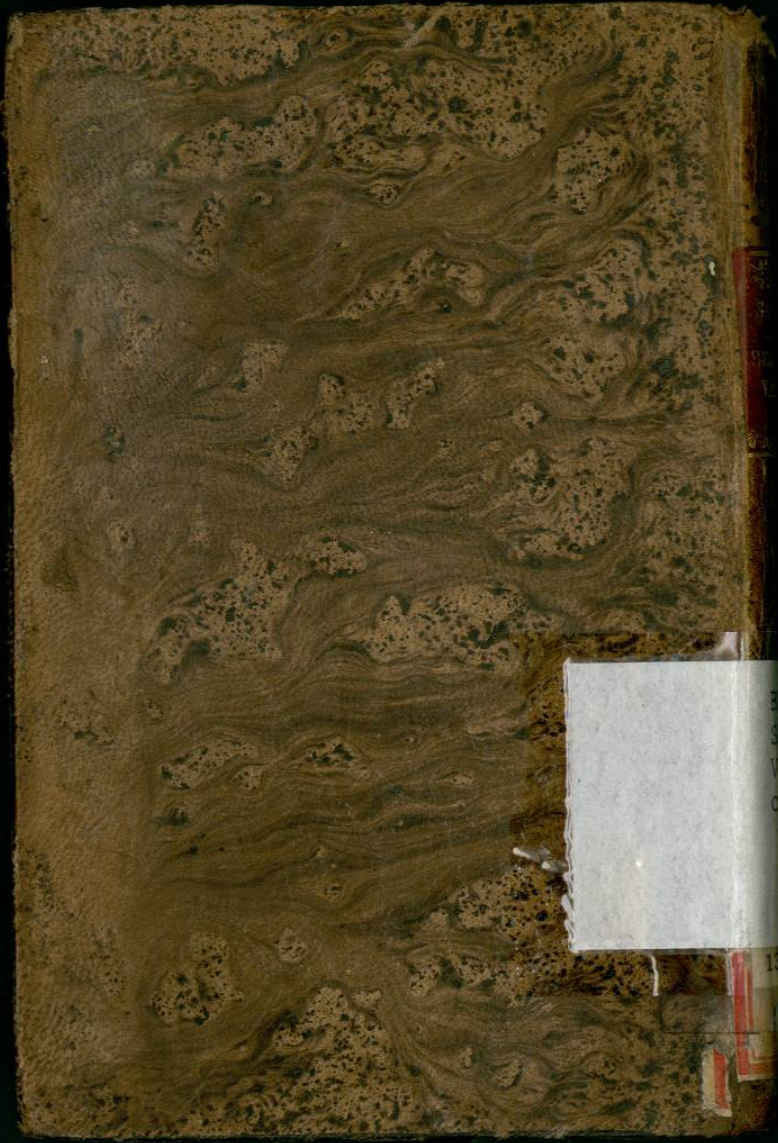
Prólogo.	
Plática I. Sobre los sacramen- tos en general.	Pág. 1.
Plática II. Sobre el sacramento del bautismo.	14.
Plática III. Sobre el sacramento de la confirmacion.	27.
Plática IV. Sobre la penitencia como virtud.	40.
Plática V. Sobre el sacramento de la penitencia.	51.
Plática VI. Sobre el sacramento de la eucaristía.	66.
Plática VII. Sobre el sacramen- to de la extrema-uncion.	79.
Plática VIII. Sobre el sacra- mento del órden.	88.
Plática IX. Sobre el sacramento del matrimonio.	100.

Plática X. Sobre el precepto de oir misa.	109.
Plática XI. Sobre la confesion.	123.
Plática XII. Sobre la comunión.	136.
Plática XIII. Sobre el ayuno.	148.
Plática XIV. Sobre los diezmos y primicias.	160.
Plática XV. Sobre la adoracion á la santa cruz &c.	170.
Plática XVI. Explicacion del Ave María.	183.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE N.L. LEON
CAPILLA ALFONSO REPOSERCA UNIVERSITARIA

Roll 68 MICROFILMADO 19/5/83





[A blank white rectangular label is affixed to the right side of the book cover, partially overlapping the spine area.]

[The spine of the book is visible on the right edge, showing some red and gold decorative elements and text. The text is partially obscured by the label and appears to be in a historical script, possibly Arabic or Persian. Some legible characters include 'V' and 'C' on the right side of the spine.]